

con graciosa reverencia:—Caballero, tiene usted por hermana una personita tan extraordinaria, que me es imposible desconocer por más tiempo vuestro mérito. ¿Quiere usted hacerme el favor de ser mi esposo?—Tú te inclinarás con amabilidad, y contestarás con aspecto reflexivo:—¡Dios mío, señorita, lo seré por agradar á usted!—Yo os bendeciré con aire solemne y protector, y seréis dichosos. Ya lo ves. ¡Ah! ¿Lo ves tú? ¡Ya te ríes! Estás consolado.

Y cogiéndose tiernamente al brazo de su hermano, cuya emoción no había podido resistir á tan viva y juguetona alegría, le arrastró Susana hacia fuera diciendo:

—Vamos á dar una vuelta por el jardín mientras llega el momento de que te cases.

IV.

Al bajar del tren que le había conducido hacia seis semanas desde San Petersburgo á París, el Duque de Bligny, fatigado por el viaje, hecho sin descanso en un *sleeping-car* que le molió los huesos, se hizo llevar al Círculo.

No teniendo habitación dispuesta, y estando cerrado el palacio de su tía, parecióle lo más oportuno ocupar uno de los cuartos

que en los grandes Círculos hay siempre á disposición de sus socios. Pensaba estar en París unos ocho días, el tiempo absolutamente preciso para terminar sus asuntos en el Ministerio y hacer algunas compras en las tiendas, dirigiéndose después á Beaulieu.

Su ausencia había durado cerca de un año, en el cual llevó entre la aristocracia rusa esa vida parisién artificial que es la suprema elegancia en el extranjero, pero que se parece á la gran vida mundana de París como una piedra del Rhin á un diamante de Wisapoor.

La refinada corrupción de los esclavos le contagió sin embargo, encontrando grande atractivo en aquella existencia, mezcla de la molicie asiática y de la actividad europea. Las grandes señoras rusas le cautivaron por su gracia y el encanto enigmático de su belleza. Quiso conocer el secreto de aquellas risueñas esfinges, de miradas llenas de promesas y uñas llenas de amenazas. Buen mozo, bien educado y con ilustre título, tuvo excelente acogida. Poco á poco la imagen de su prometida esposa, tan fielmente grabada en su corazón, fué desapareciendo como esas bellas pinturas al pastel de Latour cuyos colores palidecen con el tiempo.

Lejos de Clara, consideróse al pronto como desterrado, y quiso tener una vida severa; pero siendo el más joven agregado de una embajada francesa, y objeto por lo-

das partes de amables invitaciones, es imposible vivir retraído. A los ocho días de un retiro rigurosamente observado, no le fué posible á Gastón excusarse de asistir á una de las recepciones de su jefe. Tuvo, pues, que ponerse el uniforme, é hizo su entrada en la gran sociedad rusa.

Desde la primera noche fué el joven Duque favorito de la aristocracia. Su abuelo, emigrado con el Conde de Artois al principio de la Revolución, tuvo íntima amistad con los Nesselrode, los Pahlen y los Gortschakoff. Los personajes de la corte acogieron á Bligny con grande agasajo, presentándole al Emperador, que distinguió mucho al joven agregado. A los pocos días, la posición de este diplomático de veinticinco años fué importantísima, y sus jefes, bastante hábiles para no envidiarle el éxito, pensaron sacar partido de la influencia que el Duque había adquirido en poco tiempo. Pero Gastón, que como elegante caballero y hombre de mundo no tenía rival, como político era una medianía. Entregóse á los placeres y descuidó la intriga, quedando al poco tiempo demostrado que si la sociedad de San Petersburgo contaba con un elegante huésped, Francia no había adquirido un servidor útil.

Mariposeando de flor en flor, no fué el Duque de Bligny la laboriosa abeja productora de rica miel, sino la avispa que, zum-

bando, hace brillar al sol su caparazón de oro. Al cabo de algunas semanas se había convertido en intrépido vividor, y sus bien templados nervios desafiaron las mayores fatigas. En los festines era rival de los más famosos bebedores, y todo el mundo sabe cómo beben los rusos. En el Círculo de la Nobleza jugó una partida de bacarrat que quedó legendaria, pues durante tres días y tres noches, él y sus adversarios sólo se apartaron de la mesa para reparar las agotadas fuerzas, y venció á los que apostaban mayores sumas, no por la persistencia de su suerte, sino por el sueño, que les hizo caer extenuados sobre la alfombra. Fué el amante de Lucía Tellier, la estrella francesa del teatro *Miguel*, y á pesar de las tentativas de corrupción de los boyardos más fastuosos, continuó estas relaciones hasta que un día, pareciéndole fastidiosa, probablemente porque le era fiel, la devolvió á la galantería moscovita.

La señora de Beaulieu lo había adivinado bien: el Duque fué en aquel invierno el héroe de la estación, y no hubo fiesta notable sin él. Pudo aspirar á la mano de las más ricas herederas de San Petersburgo, desdeñando cuantas insinuaciones le hicieron en este sentido, y siendo por tal causa con mayor ardor solicitado.

Bligny, sin embargo, se fastidiaba pronto de cualquier género de vida, y al cabo de

seis meses la existencia que llevaba le aburríó prodigiosamente, acudiendo al juego como único alivio de su *spleen*. Desde el primer momento sintióse jugador hasta la médula de los huesos, y tenía una suerte insolente. Parecía haber entrado en el juego como conquistador, y todas las mañanas volvía á su casa cargado con el dinero de sus adversarios, pálido, dolorida la frente cual si le apretara un círculo de hierro, y con gusto de polvo en los labios. Acostábase al amanecer, cuando empezaba esa luz sombría de los inviernos rusos parecida al crepúsculo, y agotadas sus fuerzas, dormía hasta la tarde. A cosa de las cuatro se levantaba, empezando para él el día á la hora de encender el gas en las calles. Había arreglado, pues, su existencia al revés que todo el mundo, y durante dos años apenas vió el sol; fué una mariposa nocturna. Su semblante, gracioso y fino al separarse de su familia, era ya anguloso y duro, y aunque todavía bello, había perdido el encanto de la juventud, esa flor de los rostros apacibles y tranquilos. Llevaba, pues, la máscara del vividor. Sus negros cabellos, ligeramente rizados y cortados al rape sobre la frente, empezaban á clarear por las sienas; sus ojos, de un color azul indeciso, se habían hundido en las órbitas. La endiablada existencia que tenía, dejaba á cada momento más visibles rastros en su persona.

Trabajo hubiera costado á su tía reconocerle. No era ya el joven tímido de dulce voz que pasaba tranquilamente las noches entre la Marquesa y Clara en el silencioso salón del viejo palacio. Resuelta y decidida y de varonil carácter, llamábale entonces Clara riendo la señorita Gastón. Ya había desaparecido de su persona la graciosa afeblidad que le asemejaba á una joven, y era, por el contrario, uno de los hombres más peligrosos. Había descubierto en él verdaderos tesoros de escepticismo nativo. No creía absolutamente en nada, poniendo siempre sus placeres en primer término. La sangre paternal, calmada por la tranquila dulzura de la vida retirada, hirvió en sus venas, y la raza de los Bligny, apasionada y ardiente, que desde Enrique III había dado á la corte de Francia sus favoritos más voluptuosos, refinados y atrevidos, sus meninos más galantes y sus libertinos más escandalosos, tuvo en él digno representante de tales antecesores.

El débil cuerpo de aquel joven tenía un vigor de gigante, pareciéndose á aquellos señores afeminados de pasados tiempos que se untaban con cosméticos el rostro y las manos, encargando á sus pajes coger cualquier objeto que se les cayera, por no molestarse ellos, haciéndose llevar en litera para evitar la fatiga del caballo, y que en los días de batalla cargaban furiosamente,

metiéndose en lo más empeñado de la lucha con cien libras de hierro sobre el cuerpo y realizando heroicas empresas. Gastón no hubiera andado seguramente un kilómetro á pie para un objeto útil, pero era hombre capaz de pasar un día entero cazando, ó de estar varias horas con el florete en la mano en un asalto, hasta rendir á los más infatigables.

Donde mejor se demostraba su energía era en el juego: como si la suerte dependiera de su voluntad, ganaba con una constancia verdaderamente desconocida. La peor partida convertíase en buena cuando él ponía mano en ella; y la banca, vencida cuando la atacaba, era inexpugnable si él tenía la baraja. La fortuna le trató durante dos años como verdadero niño mimado, y se le llamaba el feliz Gastón. De no defenderle su probada lealtad contra los malos pensamientos, se hubiera sospechado de su honradez.

Los restos de su patrimonio, aumentados con los recursos que le daba el juego, le permitieron vivir con lujo. Tuvo magníficos caballos, preciosa casa, y cuantas elegantes comodidades necesita quien vive como él vivía en la sociedad más rica y aristócrata.

Cuando llegaba al Círculo de la Nobleza, tomaba el juego distinto aspecto. Comprendíase en seguida que la partida iba á ser importante, y que caerían gruesas sumas sobre

el tapete. No jugaba exclusivamente al bacarrat ó al sacanete, sino que también se prestaba á echar alguna mano á los cientos, jugándolo habitualmente á cuatro duros el punto con cuatrocientos de fondo. Bligny fué quien inspiró al anciano y archimillonario Narishkine esta ingeniosa frase: ganábale Gastón doce mil duros, cuando se levantó el señor ruso diciendo: «Prefiero irme, porque si continúo acabaré por perder dinero.»

Terminada la función de la ópera ó del teatro francés, ó al salir de la recepción donde había pasado la noche, subía al trineo y hacía que le condujeran á lo largo de la Perspectiva. Abrigado con las pieles, gustábale sentir en el rostro la helada brisa de la noche, templando así los nervios para la partida de juego; y á las dos de la mañana llegaba al Círculo completamente tranquilo, encontrando excitados ya á sus adversarios, y triunfando con calculada audacia de los más intrépidos.

Junto á la mesa y bajo el ardiente resplandor de las arañas, mostrábase impasible. Ni ganando ni perdiendo se alteraba su serenidad, y ningún jugador recordaba haber visto persona más tranquila. Cuando se manifestaban junto á él las supersticiones más pueriles, permanecía grave y desdenoso, contando sólo con su inteligencia y con su suerte, y despreciando toda clase de augurios.

Aunque de temperamento poco apasionado, porque el egoísmo le impedía amar, frecuentaba mucho la sociedad, y tuvo numerosas aventuras galantes, no desesperando á las bellas que se le mostraban insinuantes. Detestaba las lágrimas, y por temor á las quejas y á las censuras, á ninguna quería causar pesares.

Sólo una vez creyó estar formalmente comprometido, pero las consecuencias demostraron su error. Una de las damas más notables de la aristocracia rusa, la Condesa Woreseff, célebre por sus cabellos rubios y por sus esmeraldas, se enamoró de él. Muy vigilada por su celoso marido, ni podía ver á Gastón ni siquiera escribirle. Prendado éste de la Condesa, casi olvidó las cartas, siguiéndola á las recepciones, valsando con ella á la vista airada del Conde, pero sin encontrar medio de tener secretas entrevistas.

Para engañar al marido, fingió Gastón un viaje á Moscou, desapareciendo durante dos días y volviendo secretamente á su domicilio. Tranquilizado el Conde, disminuyó la vigilancia, y la bella rusa pudo ir tres veces á casa del Duque. Dejaba al efecto su carruaje en la puerta principal de San Alejo, entraba en la iglesia, y saliendo por una de las puertas laterales, dirigíase precipitadamente á la cita. La tercera vez siguió un criado cautelosamente los pasos de la Condesa y avisó al Conde.

Furioso éste, llegó á casa de Bligny, pero le detuvo con pretextos el ayuda de cámara, que era un parisién tan tuno como Mascarille. Mientras tanto, la encantadora Condesa, medio loca de miedo, buscaba con Gastón una salida, y en aquella crítica circunstancia se reveló de un modo admirable el vigor nervioso del indolente joven.

La habitación de baño de su palacio daba al patio de una casa inmediata, pero la ventana tenía una reja. En un momento y con increíble esfuerzo de sus músculos, Gastón torció los barrotes, y la Condesa pudo huir. Algunos instantes después presentábase el Conde ante Bligny tranquilo y risueño, viéndose aquel obligado á confesar lo infundado de sus sospechas y á retirarse pidiendo perdones.

Ocultó su rabia Woreseff, mostrando á su esposa semblante tranquilo; pero convencido por nuevos informes de la certeza de la ofensa, determinó obligar al Duque á batiarse. Se fué al Círculo, tomó la banca, y cuando Gastón cortó la baraja, dijo de un modo terminante que cesaba la partida. El Duque pidió con frialdad explicaciones, negóse el Conde á darlas, y el desafío fué inevitable. Todo el mundo censuró la conducta de Woreseff, pero éste consiguió el resultado que se proponía, y al día siguiente, sobre la tierra helada, en un bosquecillo de abedules, se verificó el duelo á pistola, á

veinte pasos de distancia, disparando á voluntad. Cuidadoso de su vida, no tuvo Gastón generosidad alguna con el marido de su amante, y al dar la señal, disparó, metiéndole la bala en el vientre á su adversario. Cayó éste en la nieve, que enrojeció con su sangre, pero incorporándose sobre una rodilla y apoyando con feroz energía el codo en el suelo, apuntó á Bligny. Debilitada por la pérdida de sangre, tembló su mano, y la bala hirió levemente á Gastón en el hombro.

Sobrevivió el Conde á la terrible herida, y curado de la suya el Duque á las seis semanas, continuó la disipada vida; pero, ¡cosa singular! pareció que la bala del Conde de Woresseff había acabado con la extraordinaria suerte del joven. ¿Desequilibró la sangre perdida sus facultades, ó se cansó la fortuna de favorecerle? Lo cierto es que á partir de aquel día no hizo mas que perder. Falto de la antigua confianza en sí mismo, conoció la incertidumbre del jugador que olfatea la mala carta, y no puso ya sobre el tapete su dinero con el aplomo del acostumbrado á ganar. Dominaba antes á sus adversarios con su imperturbable serenidad, y ahora palidecía, hundíansele los ojos, se mordía los labios y golpeaba nerviosamente con los dedos en el canto de la mesa. La preocupación le hacía descuidar su anterior elegancia, y abandonaba el juego al amanecer con los cabellos despeinados, suelta la cor-

bata sobre el desabrochado cuello de la camisa, y arrugada y sucia la pechera por el frote con el tapete verde de las mesas.

Bajó uno por uno los peldaños de la altura á que triunfalmente había subido, y el dinero del juego desapareció tan rápidamente como había venido á su poder. Acudió entonces á pedir prestado, señal evidente de próximo fracaso, y al necesitar de los demás, vió su decadencia y se afectó. Gozaba antes de verdadera soberanía en aquella sociedad de viciosos porque la suerte le sobreponía á sus compañeros. Tratábanle como á un superior, y estaba orgulloso de esta supremacía; pero derrumbado el pedestal, desde el día que no ganó dejó de existir para aquellos jugadores. No se acogía ya en el Círculo su presencia con respetuoso silencio; encontraba algunas manos indiferentes que estrechaban la suya, y ninguno se distraía del juego. Era ya uno de tantos: no se le temía.

Su pasión por el juego no fué nunca tan violenta como en aquel trance difícil. Atacaba con ciego frenesí y sin meditar las jugadas, ganando y perdiendo en una misma noche enormes sumas. No era el hábil jinete que dirige su caballo, sino el aturdido que le deja ir á escape sin procurar reprimirlo, y con la misma probabilidad de romperse los huesos que de conseguir su objeto. En efecto, no lo consiguió, porque ni siquiera

supo aprovechar las ventajas momentáneas. Su loca pasión le hizo perder cuanto había ganado.

El Embajador, su jefe, le salvó de un desastre inevitable, encargándole una misión para el Gobierno de París. El desaffo con el Conde de Woresseff había producido muy mal efecto, y el diplomático creyó oportuno alejar al Duque por algún tiempo, dándole una licencia de tres meses.

Aceptó Bligny con alegría la misión, que no había solicitado por amor propio de combatiente que no quiere parecer desertor de la lucha. Comprendía que su reputación estaba gastada en San Petersburgo y que necesitaba desaparecer de allí, reconcentrarse y decidir un plan de conducta.

Quedábanle unas cincuenta mil pesetas, restos de sus ganancias del juego, que fueran antes verdadero tesoro. Esta pobreza modificó repentinamente sus ideas. En el desorden de su vida mundana, el recuerdo de Clara había desaparecido. Pensó de nuevo en su prometida esposa, recordando con delicia el tranquilo salón del palacio de Beaulieu, donde, á la apacible claridad de los quinqués, trabajaba Clara inclinada sobre su bordado, y sus bellos cabellos rubios brillaban dorados por la luz. Sin duda le esperaba pacientemente y suspirando acaso. Renació en el Duque el antiguo amor, y se juró renunciar á la febril existencia que le

había proporcionado tan locos regocijos y tan crueles preocupaciones.

Aunque la fortuna que le había dejado su padre estaba disipada, la señorita de Beaulieu era rica, y con la considerable renta de su dote podría vivir el matrimonio dignamente. La vida de París no era, ni con mucho, tan cara como la de San Petersburgo, y además había pasado ya la época de las locuras. Permanecerían seis meses en el campo para hacer economías, dedicando la mayor parte de la renta á vivir con el lujo propio de su clase durante el invierno.

Fortalecido con tales ideas, conoció el Duque que volvía á ser cariñoso y bueno, haciéndole gozar esta reproducción de sus juveniles ilusiones. Durante el camino no hizo otra cosa que acariciar estos halagüeños proyectos para el porvenir, y cuando paró el tren bajo la bóveda de cristales de la estación del Norte saltó ligero sobre el muelle tomando posesión con alegría de aquel París lejos del cual tan gravemente se habían extraviado su corazón y su entendimiento.

Era ya de noche, y con infantil alegría miró por la portezuela del coche la larguísima calle de Lafayette, sembrada de innumerables luces de gas. El movimiento de la gran ciudad le sorprendió, pareciéndole el aspecto de los que pasaban sumamente vivo y animado. La circulación en las calles era ruidosa, y en la enrucijada del faubourg

MUSEO DE HISTORIA NATURAL
BIBLIOTECA DE HISTORIA NATURAL
"ALFONSO DE SOTOMAYOR"
1635 MONTERREY, MEXICO

Montmartre se vió detenido por un atasco de carruajes. Mientras los cocheros se apostrofaban groseramente, hasta por bajo de la cabeza de los caballos deslizábanse los peatones presurosos de pasar. Siguió adelante su coche á lo largo del muro del jardín del palacio Rothschild, torció por la calle de Helder, y de pronto se encontró el Duque en pleno bulevar.

Conmovióse al ver aquel espectáculo. Los carruajes, en larga fila, dirigíanse al Teatro de la Ópera, y dentro de los espaciosos landós iban las señoras envuelta la cabeza en encajes y el cuerpo en elegantísimos abrigos. La intermitente claridad de la luz eléctrica iluminaba con blanco resplandor la fachada del teatro, brillando en los cascos de los municipales á caballo que con sus capotes puestos permanecían inmóviles en medio de la plaza. En las encrucijadas de las calles con bulevar el movimiento era enorme. Los escaparates de las tiendas resplandecían en la oscuridad, y en las aceras se apiñaba la muchedumbre. Vió, pues, el Duque en todo su magnífico esplendor el mágico cuadro de París durante las primeras horas de la noche.

Torció el coche por la calle de la Paz, y algunos instantes después estaba Gastón á la puerta del Círculo. Bajó del carruaje algo aturdido, conservando en los oídos el monótono ruido del ferrocarril y deslumbrada la

vista por las luces. Subió fatigado á la habitación que le tenían preparada, y durmió profundo sueño hasta la siguiente mañana. No había estado Gastón alejado de París bastante tiempo para perder la costumbre de pasear por el bulevar, é inmediatamente se fué á pisar el asfalto de las aceras, desapareciendo su mal aspecto ruso, y volviendo á ser parisién de pies á cabeza. Esta embriaguez de París le duró dos días, paseando por los Campos Elíseos y por el Bosque, dando una vuelta por el Hotel de Ventas y andando los mil pasos entre la Magdalena y el bulevar Montmartre, satisfecho de distribuir apretones de manos y saludos entre amigos y conocidos. Fué á todos los teatrillos, arrellanándose deliciosamente en la estrecha y mal tapizada butaca de orquesta. Parecieronle excelentes las comedias más estúpidas, porque su satisfacción interior se manifestaba en continuas admiraciones. Como si escapara de un presidio, considerábase libre desde que salió de Rusia, y respiraba satisfecho.

En tres días terminó sus asuntos en el Ministerio, y decidió partir al fin de la semana. Quería sorprender á Clara y á la Marquesa, que sabía estaban en Beaulieu, y tanto le hacía gozar la sorpresa, que ni por un imperio hubiera renunciado al placer de llegar de improviso.

Fué á la calle de la Paz, y compró en casa

de Bassot, el joyero de la familia, un admirable anillo de bodas, un enorme zafiro rodeado de brillantes y montado con rara perfección. Imaginábase ya ofreciendo á Clara el estuche de terciopelo blanco con las armas de su casa: abrióla ésta, y con aspecto grave, sonriendo dulcemente, le alargaba la sortija para que él mismo la pusiera en el dedo fino y de sonrosada uña de la joven. Desde este momento era indudablemente su esposo, y la sortija el primer anillo de la cadena que debía unirles.

La víspera de su partida encontró al volver del teatro más animado el Círculo que de costumbre; se informó, y le dijeron que todo aquel movimiento lo causaba una representación extraordinaria en el salón de espectáculos. Escogido público se había dado cita allí para oír *La educación de la Princesa*, ópera cómica en dos actos, debida á la colaboración de dos hombres de talento que pertenecían á la mejor sociedad, el Duque de Feras, autor del libreto, y Julio Treland, de la música.

La interpretación prometía ser notable. Barón, de la compañía del teatro de *Varietades*, prestaba su natural distinción al papel de Gentilhombre; Daubray, de la del *Palacio Real*, representaba el escabroso personaje del caballero Alfonso de Roufflotte; Saint Germain, de la del *Gimnasio*, había consentido mostrarse por única vez

gran cantor en el papel de Pepinster; el joven Barón Tresorier, socio del Círculo, y que tenía una bonita voz de tenor, estaba encargado del personaje de Triolet; la señora Judit hacía de Princesa Hortensia, y Susana Lagier de Reina Madre.

Esperábase un éxito inmenso, y los criados no bastaban para atender al servicio de las muchísimas personas que acudían al mismo tiempo con el deseo de tener buen asiento. Desde el espacioso vestíbulo, adornado con bellos tapices de la época de Luis XIV, el murmullo de las voces y el roce de los vestidos de seda llegaban hasta el Duque entre oleadas de aire tibio y saturado de finos perfumes.

En vez de subir á acostarse, entregó Gastón su abrigo á un criado, y aplastando su sombrero de muelles entró en el salón.

La circunstancia más insignificante decide á veces el destino de los hombres, y lo que menos imaginaba Bligny era que al dirigirse á escuchar *La educación de la Princesa*, modificaba gravemente su porvenir.

El salón de la fiesta estaba resplandeciente, y el numeroso público se apiñaba en las sillas unidas entre sí. Aquel conjunto de satén, terciopelo, gasa y seda, formaba una masa de brillantes colores en la que sobresalía la blancura de los escotes. Los abanicos, agitándose, parecían pequeñas alas de la multitud. Rumor de conversaciones en

voz baja notábase de vez en cuando al entrar en el salón alguna persona conocida. En el fondo estaba el teatro silencioso y severo, cuyo rojo telón de boca ocultaba el escenario á las miradas impacientes.

Dirigióse el Duque á un grupo donde reconoció á algunos amigos, en cuyo centro estaba con aire de importancia, y siendo muy atendido, maese Escandé, joven notario que acababa de obtener este cargo, y futuro heredero de parientes archimillonarios.

Vestido con rigurosa elegancia, hablaba dándose tono, pero la presencia de Bligny pareció clavar la lengua á su paladar, y quedó con la boca abierta mirando estupefacto al Duque, que se acercaba sonriendo. El silencio que reinó en el grupo lo interrumpió sólo la frase de «¡Oh! es verdaderamente sensible,» pronunciada con aspecto compungido por un hombre viejo, calvo, de elevada estatura, vestido con un frac característico de antiguo comerciante, muy encarnado el rostro, grandes las orejas y sobre ellas mechones de cabellos amarillentos, sostenido el cuello por ancho corbatín blanco, con botones de diamantes en la pechera y calzados los pies con zapatos bajos de charol que dejaban ver el algodón blanco de los calcetines.

Entró Bligny en el grupo, y después de dar la mano á sus amigos, esperó muy curioso por saber la causa de este silencio,

que le parecía extraordinariamente elocuente. Iba ya á preguntar de qué se trataba y por qué producía su aparición aquella contrariedad á los asistentes, cuando el viejo, inclinándose al oído de uno de los amigos de Gastón, dijo bastante alto para que se le oyese y para que la negativa fuera imposible:

—Presénteme V. al Duque.

El amigo se volvió hacia Gastón con aspecto á la vez aburrido y admirado, que significaba claramente su extrañeza por el capricho de aquel individuo, y resignándose al fin, dijo:

—Mi querido Duque, el señor Moulinet...

—Industrial,—añadió con viveza el hombre de los botones de diamantes,—antiguo miembro del Tribunal de Comercio...

Y con aspecto de suficiencia, añadió apoderándose de las manos del joven:

—Tengo el honor, Sr. Duque, de conocer á su familia. La señorita Moulinet, mi hija, ha sido educada en el convento con vuestra prima la señorita de Beaulieu. Sí, señor, en el Sagrado Corazón, el mejor colegio de París. Nada he escatimado á Atanasia, y lo mejor no me parece bastante bueno para ella... Crea V. que he sabido con verdadero pesar la sensible noticia.

Desde hacía un momento agitábase el Sr. Escandé á riesgo de arrugar la pechera de su camisa ó de deshacer el artístico lazo de su corbata. Hacía señales telegráficas

con los brazos, movía los pies, prodigaba los ¡jem! ¡jem! pero Moulinet, sin cesar de hablar y quizá no queriendo entenderle—lo que aconteció después acredita esta sospecha—continuó expresando su pesar.

—Perdone V.,—dijo el Duque frunciendo el ceño;—no le comprendo bien. Habla V., caballero, de una sensible noticia que atañe, según parece, á mi familia, y especialmente á la señorita de Beaulieu. No sé á qué se refiere V.: tenga la bondad de decírmelo claramente.

Maese Escande mostróse muy contrariado, y al ver que Moulinet permanecía silencioso y con la cabeza baja como si nada le importase el asunto, decidióse á hablar, y adelantándose hacia Bligny dijo con tono solemne:

—Mi querido Duque, siento infinito referir á V. esta noche, en sitio tan poco á propósito para dar la noticia, el hecho á que alude el Sr. Moulinet; pero como de seguro mañana sabría V. la verdad, no creo inoportuno decírsela ahora. Cuando ha llegado usted manifestaba á estos caballeros que, obligado por mis asuntos á ir á Inglaterra, he sabido allí que el pleito entablado por el Marqués de Beaulieu y proseguido por sus herederos lo han perdido éstos en última instancia.

Tan inesperada revelación hizo palidecer al Duque. La pérdida del pleito en que la

señora de Beaulieu fundaba tan grandes esperanzas, significaba la pobreza de Clara. Esforzóse el Duque para dominar su turbación, y contestó con altanería:

—Permitame V., querido notario, que me admire de la facilidad con que da usted cuenta á estos caballeros de negocios relativos á la familia de Beaulieu. Parece que los asuntos de mis parientes no son á propósito para servir de motivo á cuentos y hablillas de indiferentes y desocupados, y le agradeceré mucho que en adelante sea usted menos expansivo.

Al oír estas palabras se inmóvil el joven notario, cubriéndose su espaciosa cara de pequeñas arrugas producidas por la agitación de los nervios; movió la cabeza respirando con fuerza, é incomodado añadió:

—Pero crea V., querido Duque...

—Creo lo que debo creer,—interrumpió adustamente Bligny.

Y mirando de pies á cabeza á su interlocutor, se alejó lentamente seguido de sus amigos silenciosos.

Moulinet y Escande quedaron solos y estuvieron un momento sin hablar, hasta que el industrial fingió sonreír, y dijo:

—¡Qué sangre tienen estos Bligny! ¡Buena repulsa ha llevado V., señor notario, y algún chispazo me ha tocado de ella! Pero no me importa ¡Brava sangre! ¿Conque este queda arruinado?

—Completamente,—contestó desdeñoso el notario;—y aun se permite echarla de gran señor y dar lecciones á los demás.

—¡Dice V. bien! Por más que hagan las revoluciones, nunca nos mirarán esas gentes como iguales. El Duque será, sin duda, un buen partido para una muchacha rica.

La señal dada con solemne lentitud para levantar el telón interrumpió esta conversación. Escande y Moulinet se sentaron, y el Duque se colocó un poco más lejos. La orquesta empezó la overtura con un motivo de vals brillante y de agradable ritmo. Atento en la apariencia, Bligny reflexionaba profundamente. La ruina de Clara era un golpe terrible que destruía su porvenir. Prometido esposo de la señorita de Beaulieu y pobre ésta, ni por un instante pensó, justo es decirlo, en faltar á sus compromisos. No le ocurrió la idea de que podía casarse con otra mujer, considerándose ya indisolublemente ligado. Llevaba en el bolsillo, junto á su corazón, en el estuche de terciopelo blanco, con las armas grabadas de los Beaulieu y de los Bligny, el anillo de boda; pero le obligaba mucho más su palabra que esta sortija.

Arruinada Clara, no podía esperar, sin embargo, más que una modesta medianía para toda la vida, arrinconándose en una casa de campo y viviendo como noble agricultor, como verdadero lobo, sin ver á nadie

por temor á los gastos. Para el bello, seductor y solicitado Gastón, equivalía esta vida á ser enterrado en todo el esplendor de su brillante juventud. Sintió amargamente haber disipado las sumas enormes que ganó en Rusia. Por poco aceptable que fuese el dinero del juego, al fin era dinero, y vivir sin recursos en un siglo tan positivo que estima á cada cual por su valor pecuniario, no era vivir.

Imaginó después enternecido la desesperación de Clara y de su madre al saber la fatal noticia. Sin duda la ignoraban todavía, porque el necio de Escande acababa de traerla de Inglaterra. Pensó Gastón en adelantarse el viaje para consolar á aquellas pobres mujeres, mitigando en lo posible su desdicha.

Levantado el telón, apareció una decoración risueña y primaveral. Delante del paisaje iluminado por el sol, el coro de segadores y segadoras que estaba en escena cantaba á toda voz una melodíaailable con estas palabras de escasa originalidad:

Cantad, hermosas niñas;
los segadores
al són de vuestros cantos
mueven las hoces.

Y como si estos versos vulgares cambiaran el curso de las ideas del Duque, imaginábase estar en Beaulieu con Clara bajo la bóveda azul del cielo; los segadores cantaban en

los trigos, y en la tibia atmósfera zumbaban los insectos. Sentíase dominado por deliciosa languidez y junto á la que amaba, feliz con su pobreza. ¡Aquella calma era tan profunda; aquella dicha tan tranquila después de las tormentas de su corta vida de libertino! En pleno goce de esta ilusión, entrevió, en la modesta medianía á que lo condenaba la ruina de Clara, desconocidas y seductoras satisfacciones.

Continuaba la representación en la escena, y el caballero Alfonso de Rouflaquette estaba cantando su gran dúo con la Princesa. La simpática y vibrante voz de la Judic decía con apasionado acento:

Ven: por tu amor, bien mío, renuncio á mi grandeza;
La corte y el palacio conmigo dejarás.

Y Daubray replicaba con picaresca mirada:

No; que el amor no excluye rango, fama y riqueza,
Y con tu caro Alfonso tú las compartirás.

El artista favorito habla terminado su frase con una prodigiosa nota tenida, que produjo gritos de entusiasmo. *La educación de la Princesa* prometía, pues, tener grandísimo éxito, y el director de Variedades meditaba ya ponerla en escena en la próxima temporada.

Recostado en su silla, movía Moulinet la cabeza como oso que oye tocar la flauta. No se cuidaba ciertamente de las aventuras de

la princesa Hortensia, porque le interesaba mucho más otra princesa: su hija, la morena Atanasia. Veíala con la imaginación en el convento cuando era pequeña, con vestido demasiado corto, gruesos zapatos y manos rojas; semblante antipático é imperfectamente delineado; cuerpo anguloso y desmadejado, á medio formar todavía. Veíala en el locutorio junto á sus compañeras elegantemente vestidas, que la miraban con desdén. En aquella época aun no era rico Moulinet, ni habla creado su gran fábrica de chocolate en Villepinte, ni inventado los prospectos en papel azul escritos en estilo de dentista, que dieron á conocer sus productos hasta en las más pequeñas aldeas de Francia.

Vendía entonces géneros coloniales al por mayor, y las nobles madres de las compañeras de Atanasia manifestaban sin recato su admiración porque hubiese sido admitida en el convento la heredera de aquel «tendero.» Llegaron á sus oídos los ecos de las intriguillas de clase. Tenía noticia de la arrogancia con que trataban á su hija otras colegialas, y recordaba que al frente de la agrupación hostil de las nobles, como se las llamaba en el convento, estaba la orgullosa señorita de Beaulieu.

¡Cuántas veces había oído las frases de ira de Atanasia contra su enemiga! Juraba entonces llorando que se vengaría de ella, y la venganza se venía ahora á las manos sin

buscarla. Atanasia Moulinet era en aquel momento una de las más ricas herederas de París, y la orgullosa Clara de Beaulieu una joven sin dote. La hija del «tendero» vestida por Worth, con un peinado á propósito para su rostro, habituada al lujo, transformada é iluminada por su aureola de millones, tenía fama de ser una de las más lindas jóvenes de la rica burguesía. La hija de la Marquesa, sencillamente ataviada, viviría en el campo; desaparecería en la oscuridad, y acaso fracasara el casamiento que de largo tiempo atrás proyectaba.

El Duque de Bligny, un aristócrata tan brillante y con tan ilustre título! Muchas veces, cuando el Duque acompañaba á su tía la Marquesa al Sagrado Corazón para visitar á Clara, al verles juntos palideció de rabia Atanasia adivinando que se casaría y que Clara sería duquesa, mientras ella sólo llegaría á ser esposa de un notario como Escande ó de un industrial como su padre, teniendo á su vez hijas humilladas ó hijos mirados con desdén.

Este pensamiento produjo á Moulinet orgullosa sonrisa. Echándose hacia atrás, metió la mano en uno de sus bolsillos, produciendo el sonido argentino de monedas removidas, y murmuró estas palabras:

—¿Por qué ha de ser así? ¿No me permiten acaso mis recursos pagarle el marido que le agrade?

Volvió la cabeza con aspecto grave, y fijando la vista en la elegante multitud pareció buscar el yerno que le convenía. Orgullosa con sus millones, nada creía imposible. ¿Quién sería el audaz que se atreviera á rechazar la mano de Atanasia cuando se la ofrecieran con un talón del Banco de valor indeterminado? Si era conde ó marqués, ¿qué suma bastaría para adquirirlo? Podía pedir lo que quisiera. Lo mismo importaba á Moulinet diez millones que uno. Puesto á precio el marido, era el padre bastante rico para comprar un príncipe á su hija.

Su mirada llegó á ser atrevida, casi amenazadora; miró vagamente todos aquellos rostros desconocidos, y se detuvo en el del Duque de Bligny. Tenía éste un aspecto sombrío, y Moulinet dijo para sí con mal disimulada irritación: «Piensa en su prima.» ¿Qué era lo que confusamente ideaba el comerciante? Ni él mismo lo hubiera podido explicar, pero ya germinaba en su espíritu el principio de un proyecto.

Gran rumor se produjo en el salón al terminar el primer acto de la ópera. En medio de los aplausos y de las llamadas á la escena, levantóse el Duque y, acompañado de sus amigos, dirigióse indiferente hacia la puerta de salida. Siguióle un momento Moulinet con la vista, y abandonando después su asiento, tomó la misma dirección de los jóvenes.

La fiesta no había interrumpido el juego en el segundo piso, reinando tranquilidad y silencio en las habitaciones á él destinadas. Apenas llegaba á los oídos de los jugadores vago murmullo de las melodías de la ópera. Nada les distrajo; sabían que se estaban divirtiendo en el piso principal, pero ¿qué les importaba? Su diversión la tenían junto aquella mesa de herradura y bajo aquellas luces de gas que les secaba el cerebro.

Había abajo mujeres elegantísimas, formando con sus preciosos trajes pintoresco grupo, y perfumadas como ramo de flores. ¡Maldito lo que les importaba! La sota de oros ó la de copas tenía para ellos mucho más atractivo, é insensibles á las seducciones de la fiesta, sordos á las voces que cantaban y á la orquesta que hacía resonar todos sus instrumentos, continuaban allí con un calor pesado y enervante echando dinero sobre el tapete verde.

Maquinalmente llegó el Duque á estos salones. Iba sin dirección y como al acaso. A pesar de sus excelentes resoluciones, parecía que el destino le llevaba una vez más junto aquella mesa. Acababa de decir el banquero: «Señores, se admite juego.» Gastón sacó de bolsillo un billete de mil pesetas y lo echó distraidamente. Ganó, y acostumbrado á la mala suerte, dejó escapar una exclamación de sorpresa. Curioso por saber si aquella noche sería afortunado, se sentó.

Moulinet entraba en aquel momento en la sala de juego. Por primera vez ponía los pies en ella, porque queriendo corregir con la habilidad la suerte, tenía instintivo horror á los juegos llamados de azar. Acercóse sin embargo á la mesa, y al ver que Gastón dejaba puestas las dos mil pesetas, puso gravemente diez al lado de la cantidad del Duque. Visiblemente quería Moulinet tener derecho de vigilar á Bligny, y deseando no parecer indiscreto, compraba ese derecho jugando. Moulinet era hombre capaz de concesiones útiles.

Continuaba la partida, pero había cambiado la suerte. Parecía que las diez pesetas del virtuoso industrial alejaban del Duque la fortuna. Pálido Bligny, y dominado nuevamente por su pasión, jugaba iracundo sus últimos billetes de banco. Desdeñando Moulinet la ganancia, continuaba poniendo diez pesetas.

Cuando al amanecer cesó la partida por falta de jugadores, perdía el Duque cuarenta mil pesetas. Hacía ya largo rato que, sabiendo á qué atenerse respecto á la suerte del prometido esposo de la señorita de Beaulieu, dormía Moulinet tranquilo sueño en su magnífico palacio del bulevar Maiesherbes.

Enervado y calenturiento subió Gastón á su cuarto á la hora en que hubiera debido tomar el tren para dirigirse á Beaulieu, conforme á sus anteriores proyectos, y aso-

mándose al balcón vió en la calle de la Paz á los barrenderos que empezaban su matutino trabajo. El cielo trasparente empezaba á teñirse de color de rosa, y el exquisito fresco del amanecer le reanimó. «He hecho esta noche una tontería, dijo para sí el joven, pero me marcharé esta tarde. ¡Vaya al diablo el bacarrat!» Y mudándose de traje bajó á la calle, tomó un carruaje é hizo que le llevara al Bosque de Boloña. Aquella tarde no se marchó, y volvió á la sala de juego.

Mientras tanto, Clara, inquebrantable en su confianza é inmutable en su amor, esperaba la vuelta de su prometido esposo.

V.

En la tarde del día que Bachelin llevó al palacio de Beaulieu dos noticias igualmente malas, la de la pérdida del pleito y la de la estancia de Gastón en París, la Marquesa, aturdida aún por aquel rudo golpe, se sentó en su poltrona en el salón que daba á la terraza. Reflexionaba profundamente, mostrándose en su semblante sus dolorosas impresiones. Entrando de pronto el Marqués, distrajo á su buena madre de estas tristes ideas. Estremeciéndose la Marquesa, miró un momento á su hijo con inquietud cual si te-

miese nueva desgracia, pero al verte con la mirada tranquila y la sonrisa en los labios, exhaló un suspiro.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Nuestros primos los Prefont que llegan, madre mía. El breack ha pasado ya la verja y viene por la alameda principal.

En efecto, oíase el crujir de la arena por la presión de las ruedas. La Marquesa, tan sensible al frío, cubrió su cabeza con una toquilla de encaje, rodeó el chal á su cuerpo, y atravesando el ancho vestíbulo amueblado con grandes cofres de peral tallado y cubiertas las paredes con tapices representando personajes, se adelantó hacia la escalinata, delante de la cual acababa de detenerse el breack. De pronto presentóse en la portezuela una risueña cabeza rodeada de una toquilla, y una mano cubierta con guante de piel de Suecia se agitó violentamente, mientras que con voz clara y sonora gritaba una voz:

—¡Buenos días! ¡Buenos días para todos!

El Marqués estaba ya junto al carruaje, de donde salió con extraordinaria vivacidad una especie de oleada de seda, dejando ver sobre el estribo una botita de piel color de castaña, y el principio de una pierna fina cubierta con media de seda gris. La Baronesa de Prefont en persona echóse en brazos de la Marquesa, besándola y diciendo con voz agitada: